

VIVIR Y SERVIR SEGÚN LA ECONOMÍA DE DIOS CON RESPECTO A LA IGLESIA

Mensajes tres y cuatro

Un buen ministro de Cristo

Lectura bíblica: 1 Ti. 4:6-8, 15-16; Ez. 3:1-4; 1 Co. 1:10; Ro. 15:6; Cnt. 4:11

- I. Un buen ministro de Cristo debe ver que el único asunto, el asunto singular, el cual deberíamos enfatizar, recalcar y ministrar en el recobro del Señor es la visión celestial de la economía eterna de Dios; el tema central de la Biblia es la economía de Dios, y toda la Biblia habla sobre la economía de Dios—1 Ti. 1:3-4; Ef. 1:10; 3:2, 8-9, 16-19; Hch. 26:18-19:**
- A. “La economía y plan de Dios consiste en que Él se haga hombre y nos haga a nosotros, Sus criaturas, ‘Dios’, de modo que Él sea ‘hombre-izado’ y nosotros seamos ‘Dios-izados’” (Un estudio más profundo en cuanto a la impartición divina, pág. 56).
 - B. La economía eterna de Dios consiste en que Él llegue a ser hombre para que el hombre llegue a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo, a fin de llevar la Nueva Jerusalén a su consumación—Jn. 1:1, 14; 1 Co. 15:45; Ap. 4:5; 5:6; 21:2, 10-11.
 - C. Hoy en día podemos estar en unanimidad porque tenemos una sola visión, la visión de la economía eterna de Dios—Hch. 1:14; 1 Co. 1:9-10; Jer. 32:39.
- II. Un buen ministro de Cristo debe ver que el hecho de que lleguemos a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, fue iniciado por Dios el Padre en la eternidad pasada al escogernos para que fuésemos santos, predestinándonos para filiación; la santificación divina con miras a la filiación divina es el centro de la economía divina y el pensamiento central de la revelación hallada en el Nuevo Testamento—Ef. 1:4-5:**
- A. Ser santificados equivale a ser hechos santos, lo cual consiste en ser apartados para Dios y saturados de Dios, quien es el Santo, Aquel que es diferente, distinto, de todo lo común—1 P. 1:15-16; Ef. 1:4-5.
 - B. Él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que seamos santos a fin de que lleguemos a ser Dios en naturaleza (v. 4); únicamente Dios es santo; para ser santos necesitamos que Dios en Su naturaleza santa sea impartido en nosotros, y esta naturaleza santa llega a ser el elemento santo con el cual el Espíritu Santo nos santifica (2 P. 1:4; He. 12:14).
 - C. Él nos predestinó para filiación aun antes de que fuéramos creados a fin de que lleguemos a ser Dios en vida (Ef. 1:5); para que lleguemos a ser hijos de Dios, debemos nacer de Dios por medio de la impartición de la vida de Dios a nuestro ser (Jn. 1:12-13; 3:6; 1 Jn. 5:11-12):
 - 1. Efesios 1:4-5 revela que Dios nos escogió para que seamos santos con el propósito de que seamos hechos hijos de Dios; ser hechos santos es el proceso, el procedimiento, mientras que ser hijos de Dios es el objetivo, la meta, a fin de que todo nuestro ser, incluyendo nuestro cuerpo (Ro. 8:23), sea “hijificado” por Dios (Ap. 21:2, 9-11).
 - 2. Hebreos 2:10-11 revela que el Cristo resucitado como el Capitán, el Autor, de la salvación que Dios efectúa, lleva muchos hijos a la gloria al santificarlos.

3. La santificación divina es el hilo que sostiene la realización de la economía divina para hijificarnos de manera divina, haciéndonos hijos de Dios de modo que lleguemos a ser iguales a Dios en Su vida y en Su naturaleza (mas no en Su Deidad) a fin de que seamos la expresión de Dios; por tanto, la obra santificadora de Dios es la hijificación divina.
4. Afirmamos que la santificación es el hilo que sostiene porque cada paso de la obra de Dios con nosotros consiste en hacernos santos; la economía eterna de Dios es realizada por la santificación que el Espíritu efectúa—1 Ts. 5:23; Jn. 17:17; Ef. 5:26-27; 1 Co. 6:11; 12:3b; He. 12:4-14; Ro. 8:28-29; Ef. 4:30; 1 Ts. 5:19; Ap. 2:7a; Sal. 73:16-17, 25-26; Ap. 21:2, 10.

III. Un buen ministro de Cristo debe ver, vivir, y servir en la realidad de Efesios 5:25-27, que muestra que la santificación divina, en cuanto a la manera de ser, nos embellece para llegar a ser Su novia y es realizada por Cristo como el Espíritu que vivifica, santifica y habla—1 Co. 15:45; 1 Ts. 5:23; Ef. 5:26:

- A. Cristo como Espíritu vivificante santifica la iglesia, purificándola conforme al lavamiento del agua en la palabra; según el concepto divino, el agua en Efesios 5:26 se refiere a la vida de Dios que fluye, la cual es tipificada por una corriente de agua (Éx. 17:6; 1 Co. 10:4; Jn. 7:37-39; Ap. 7:17; 21:6; 22:1, 17); ahora estamos en este proceso de lavamiento a fin de que la iglesia sea santa y sin defecto.
- B. La palabra griega traducida “lavamiento” en Efesios 5:26 literalmente significa “lavacro”; en el Antiguo Testamento los sacerdotes usaban el lavacro para lavarse de su contaminación terrenal (Éx. 30:18-21); día tras día, mañana y tarde, necesitamos acudir a la Biblia y ser purificados por el lavacro del agua en la palabra.
- C. Pablo usa la palabra griega réma cuando habla de la palabra con su proceso de lavamiento (Ef. 5:26); lógos es la Palabra de Dios relatada objetivamente en la Biblia; réma es la palabra de Dios hablada a nosotros en una ocasión específica (Mr. 14:72; Lc. 1:35-38; 5:5; 24:1-8).
- D. Como Espíritu vivificante, Cristo es el Espíritu que habla; todo lo que Él habla es la palabra que nos lava; esto no se refiere al lógos —la palabra constante—, sino a réma, que denota una palabra hablada para el momento, es decir, la palabra que el Señor nos habla en la actualidad—Mt. 4:4; Jn. 6:63; Ap. 2:7; 22:17a; cfr. Is. 6:9-10; Mt. 13:14-15; Hch. 28:25-31.
- E. El réma nos revela algo de manera personal y directa; nos muestra aquello con lo cual necesitamos tomar medidas y aquello de lo cual necesitamos ser purificados (el lavacro de bronce era un espejo capaz de reflejar y poner al descubierto, Éx. 38:8); lo importante para cada uno de nosotros es esto: ¿Me está hablando Dios Su palabra hoy en día?—Ap. 2:7; 1 S. 3:1, 21; Am. 3:7.
- F. Algo que siempre valoramos es que el Señor todavía nos hable de manera personal y directa hoy en día; el verdadero crecimiento en vida depende de que recibamos la palabra directamente de parte de Dios; sólo Su hablar en nosotros tiene verdadero valor espiritual—He. 3:7-11, 15; 4:7; Sal. 95:7-8.
- G. El punto central de nuestras oraciones debería ser nuestro anhelo por el hablar del Señor, lo cual nos capacita para cumplir la meta de Su economía eterna conforme al deseo de Su corazón, que es tener Su filiación divina—Lc. 1:38; 10:38-42; Ef. 1:5.
- H. En un sentido muy práctico, la presencia del Señor es uno con Su hablar; siempre que Él habla, Su presencia es real para nosotros en nuestro interior; el hablar de Cristo es la presencia misma del Espíritu vivificante—cfr. Éx. 33:12-17; He. 11:8.

I. El hablar del Cristo que mora como Espíritu vivificante en nosotros es el agua que purifica, la cual deposita un elemento nuevo en nosotros para reemplazar el viejo elemento en nuestra naturaleza y manera de ser; esta limpieza metabólica causa un cambio en vida genuino e interior, lo cual es la realidad de la santificación en cuanto a nuestra manera de ser y la realidad de la transformación.

IV. En 1 Timoteo 4:6 se nos dice: “Si expones estas cosas a los hermanos, serás buen ministro de Cristo Jesús, nutrido con las palabras de la fe y de la buena enseñanza que has seguido fielmente”:

- A. Un buen ministro de Cristo es aquel que sirve Cristo a las personas, ministrándoles Cristo como Salvador, vida, suministro de vida y como todas las cosas positivas.
- B. Si hemos de ministrar Cristo a otros, nosotros mismos debemos ser nutridos; un buen ministro de Cristo no meramente enseña a otros acerca de Cristo, sino que ministra Cristo como alimento a otros—Mt. 4:4; Jer. 15:16; Ez. 3:1-4; Jn. 6:57, 63.
- C. Necesitamos exponer a los santos las cosas con las cuales hemos sido nutridos por el Señor mediante el ministerio; necesitamos presentar a los santos las riquezas, los víveres, que el Señor nos ha mostrado de la Palabra; seamos nutridos nosotros mismos primero y después ministremos este nutrimento a todo el pueblo de Dios.
- D. Necesitamos ministrar las riquezas de Cristo como alimento espiritual a otros a fin de que sean nutridos y crezcan en vida; la palabra de Dios es semejante a la leche y al alimento sólido, los cuales sirven de nutrimento—He. 5:12-14; 1 Co. 2:2; 1 P. 2:2:
 - 1. Las palabras de la fe son las palabras del evangelio completo tocante a la economía neotestamentaria de Dios.
 - 2. Las palabras de la buena enseñanza son las palabras dulces que contienen y transmiten las riquezas de Cristo a fin de nutrir, edificar y fortalecer a Sus creyentes.
- E. Como miembros del único Cuerpo de Cristo, deberíamos aspirar a ser buenos ministros de Cristo que hablamos “una misma cosa” (1 Co. 1:10) “unánimes” y “a una voz” (Ro. 15:6):
 - 1. “Tenemos que aprender las cumbres de la revelación presente de Dios y aprender a hablar estas cosas [...] Los animo a todos a recibir esta comisión elevada: ir con [...] la visión actualizada de Dios para moverse juntamente con Dios a fin de que las cumbres de la revelación divina lleven Su economía eterna a la consumación”—La revelación del Dios Triuno y Su mover, pág. 106.
 - 2. Los santos que han sido levantados por el ministerio actualizado del Señor han desarrollado un gusto por este ministerio, y este gusto, o sabor, es el factor controlador en el recobro del Señor; aquellos que han sido levantados por dicho ministerio rechazarán cualquier sabor que sea contrario a éste; esto significa que si hablamos algo contrario al sabor del recobro del Señor, nuestro hablar será rechazado y sufriremos pérdida—cfr. Sal. 34:8; 1 P. 2:3.

- V. Un buen ministro de Cristo se sacrifica a sí mismo y se hace a un lado a fin de mantener el hecho de que la verdad es absoluta; la verdad no se le puede confiar a una persona que ande según sus sentimientos; un hombre debe ponerse del lado de la verdad para oponerse a sí mismo:**
- A. La condición de un individuo no tiene nada que ver con la verdad de Dios; lo que uno es personalmente no puede afectar lo que la verdad de Dios es, porque la verdad es semejante a una columna inmovible—1 Ti. 3:15.
 - B. Algunos rebajan un poco la verdad cuando se equivocan, y la elevan un poco cuando están en lo correcto; esto significa que son como ascensores, y que la verdad sube y baja con ellos; únicamente aquellos que han tomado medidas con respecto a sí mismos pueden mantener la verdad.
 - C. Si podemos tomar la verdad como el estándar único, y tenemos el valor de afirmar que estamos equivocados, recibiremos nueva luz; si no sacrificamos la luz, la luz nos elevará; bienaventurados los que pueden hacerle caso a la verdad.
 - D. Por un lado, un hombre no puede predicar la verdad a menos que él tenga la experiencia; por otro, una persona tiene que saber que la verdad no tiene nada que ver con él; si un hombre es llevado al punto en que ya no puede resistir la palabra de Dios, si no sacrifica la palabra y si encuentra que la palabra lo condena, recibirá la luz; éste es el secreto para recibir revelación.
- VI. Un buen ministro de Cristo, como buen mayordomo de la multiforme gracia de Dios, habla oráculos de Dios para la glorificación de Dios, la expresión de Dios (1 P. 4:10-11; Ef. 1:6); no busca su propia gloria para expresarse a sí mismo (1 Ts. 2:6; Jn. 5:41, 44), sino que continuamente ejercita su espíritu para rechazar el yo, con lo cual no se predica a sí mismo, sino que exalta a Cristo como Señor y se considera un esclavo que sirve a los creyentes (2 Co. 4:5; Lv. 14:9 y la nota 1; 1 Co. 10:31; Is. 43:7).**
- VII. Un buen ministro de Cristo ministra vida y sirve a los santos según el principio rector del árbol de la vida, no según el principio rector del árbol de lo correcto e incorrecto (Gn. 2:9; Jn. 10:10b; 1 Co. 15:45; 2 Co. 3:6; 4:10-12; 1 Jn. 5:12, 16a); en su ministerio él guarda el siguiente principio rector y regla de conducta en conformidad con el modelo visto en Pablo cuando se enfrentó a los problemas en la iglesia en Corinto: “Debemos concentrarnos en Él [Cristo], y no en alguna otra persona, cosa o asunto. Debemos fijar nuestra atención en Él como el único centro designado por Dios, para que todos los problemas que existen entre los creyentes sean resueltos” (nota 2 de 1 Co. 1:9).**
- VIII. Un buen ministro de Cristo ayuda a los santos a tener “este único pensamiento”: el único pensamiento en Filipenses se refiere al conocimiento, experiencia y disfrute subjetivos que tenemos de Cristo; el único pensamiento consiste en ir en pos de Cristo para ganarlo, asirnos de Él y poseerlo—1:20-21; 2:2, 5; 3:7-14; 4:13.**
- IX. Un buen ministro de Cristo es semejante a la buscadora que ama al Señor descrita en El Cantar de los Cantares 4:11: “Miel virgen destilan tus labios, novia mía;/miel y leche hay debajo de tu lengua”—cfr. Éx. 3:8:**
- A. La miel es dulce y restaura a los débiles y abatidos (Sal. 119:103); la leche alimenta a los inmaduros (1 P. 2:2).
 - B. La dulzura de la miel y la leche nutritiva debajo de la lengua de la buscadora que ama al Señor indican que ella ha acumulado las riquezas del Señor como su alimento espiritual; ella ha acumulado tantas riquezas en su interior que pareciera que el

alimento está debajo de su lengua, y ella puede impartir este alimento a los necesitados en cualquier momento—Sal. 119:11; Col. 3:16.

C. El tesoro —tesoro de las palabras dulces y nutritivas del Señor— que mora en ella no es producido de la noche a la mañana; éste es el resultado de un largo periodo de recoger, de actividad interna y de almacenar cuidadosamente; ésta es la posesión única de alguien que ha sido instruido por Dios con las sanas palabras de la sana enseñanza de la economía de Dios—1 Ti. 1:10; 6:3.

X. Las revelaciones que los profetas recibieron eran las cargas que ellos recibieron; si no hay carga, no hay ministerio de la palabra, no hay profetizar, para la edificación de la iglesia—Is. 1:1; 2:1; 13:1; 15:1; Zac. 12:1; Mal. 1:1; Hch. 6:4; 1 Co. 14:4b:

A. Nuestra carga consiste en liberar la revelación de Dios al hombre, y la revelación de Dios se libera por medio de las palabras de revelación que Dios nos da—2:11-16.

B. Cuando ministramos la palabra de Dios, lo que nos debe preocupar es si tenemos el hablar de Dios, no el tema de nuestro hablar; a fin de tener el hablar de Dios, aquel que ministra la palabra debe tener una carga—Mal. 2:7; Cnt. 8:13-14; Ef. 5:26-27.

C. Aquellos que ministran la palabra deben llevar ante Dios la condición de las personas, percibir la condición de ellas y saber lo que Dios quiere hablar—Éx. 28:29-30.

D. El problema más grande en el ministerio de la palabra es no tener una carga de parte del Señor; sin una carga, toda nuestra actividad estará muerta y será ineficaz; con una carga, estaremos vivientes y florecientes:

1. Tener una carga es lo que más trata con nosotros; si hay una carga, el yo mengua y experimenta tratos, porque hay cosas que nuestra carga no nos permitirá hacer, y hay áreas que requerirán que experimentemos tratos antes que podamos liberar nuestra carga.

2. Si servimos conforme a una obligación en lugar de servir con una carga, tal servicio causará que perdamos la presencia del Señor—Mal. 3:14; Dt. 4:25.

3. Siempre que nuestro servicio llega a ser un asunto de cumplir con una obligación, nuestro servicio ya se ha degradado.

XI. A fin de ser un buen ministro de Cristo, debemos aspirar a tener las siguientes características orgánicas:

A. Debemos amar al Señor al máximo para estar llenos de Él e impartirlo a otros rebosando del Cristo resucitado como nuestra autoridad—Sal. 18:1; 91:14; 97:10; 116:1-2; 119:140; Jn. 21:15-17; 2 Co. 5:14-15; 1 Jn. 4:16, 19; Nm. 17:1-10; Mt. 19:26.

B. Debemos mantener nuestra victoria en Cristo al tener un vivir avivado y una labor en el pastoreo—Ap. 3:18-22; Os. 6:1-3; Ro. 6:4; 7:6; 1 P. 2:25; 5:1-4.

C. Debemos permanecer en la comunión con el Señor todos los días y a cada hora—1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14.

D. Debemos ser personas que oran—Col. 4:2; Gn. 4:26; Lm. 3:55-56; Ro. 10:12-13.

E. Debemos disfrutar al Señor en la Palabra temprano en la mañana para que tengamos un nuevo comienzo cada día—Sal. 119:147-148.

F. Debemos andar por nuestro espíritu y conforme a nuestro espíritu, el cual está mezclado con el Espíritu divino—Gá. 5:16, 25; Ro. 8:4, 16; 1 Co. 6:17.

- G. Debemos vivir a Cristo para Su magnificación por la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19.
- H. Debemos desarrollar el hábito de hablar Cristo a toda clase de personas diariamente, a tiempo y fuera de tiempo—Hch. 5:42; 8:4; 2 Ti. 4:2.
- I. Debemos ser aquellos que toman medidas exhaustivas con respecto a nuestros pecados—1 Jn. 1:7, 9; Sal. 51:1-9, 17.
- J. Debemos ser llenos internamente del Espíritu esencial y externamente del Espíritu económico—Hch. 13:52; Ef. 5:18; Hch. 4:31, 8; 13:9.
- K. Debemos acumular las experiencias de Cristo (Fil. 3:8-10, 12-14) y mantener un rico depósito de la palabra del Señor (Col. 3:16; Sal. 119:11, 15; Jn. 8:31; 15:7; 1 Jn. 2:14).

XII. Siempre que ministremos la palabra de Dios, lo primordial es que ejercitemos nuestro espíritu; un buen ministro de Cristo desarrolla el hábito de ejercitar su espíritu para la piedad a fin de vivir a Cristo en su vida diaria—1 Ti. 4:6-8, 15-16; 2 Ti. 1:6-7; Ro. 1:9; 7:6; 12:11; Jn. 4:23-24:

- A. Nosotros los que hemos sido salvos tenemos el capital necesario para vivir la vida cristiana y la vida de iglesia; este capital es nuestro espíritu, el cual Dios nos ha dado—2 Ti. 1:6-7; 4:22.
- B. La piedad, un vivir que es la expresión de Dios, es el resultado de la impartición divina para la economía divina, y esta impartición depende de que ejercitemos nuestro espíritu de modo que vivamos a Cristo en nuestra vida diaria para la manifestación corporativa de Dios en la vida de iglesia—1 Ti. 1:3-4; 3:15-16; 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7; Himnos, #207, estrofa 5.
- C. La palabra ejercicio implica obligarse; si los cristianos queremos ser fuertes y queremos crecer en el Señor, debemos obligarnos a usar nuestro espíritu hasta que desarrollemos el hábito fuerte de ejercitar nuestro espíritu—1 Ti. 4:7.
- D. Debemos ejercitar nuestro espíritu para emplear y disfrutar la Trinidad bendita en Su totalidad al orar en el Espíritu Santo, al conservarnos en el amor de Dios y al esperar la misericordia de nuestro Señor Jesucristo en el día de Su manifestación victoriosa a fin de que lleguemos a ser la totalidad de la vida eterna, la Nueva Jerusalén—Jud. 19-21.